

dente de policía, que parecia haber heredado el odio que le habia profesado la marquesa.

Sorprendido de que no lo pusieran en libertad, el caballero escribió á Sartine reconviniéndole por su lentitud en efectuar ese acto de justicia. Por toda respuesta dió el superintendente la orden de meterlo en el calabozo, donde pasó tres semanas, despues de las cuales se le trasladó á Vincennes para *olvidarlo allí*.

¿No es verdad que nuestra narracion parece una novela salida del cerebro del mas lúgubre novelista? Pues es histórica sin embargo, escrita sin pasion, sin espíritu de partido, con la mas escrupulosa imparcialidad. Cuántos odios se aglomeraban! Siglos enteros no bastarán para estinguirlos.

Tambien en Vincennes se encerró á Latude en el calabozo, luego que llegó. Cayó enfermo: el gobernador se compadeció de él, y lo pasó á un cuarto, permitiéndole luego pasearse.

Mas de un año trascurre: el caballero se restablece. Al volver un dia de paseo, derriba á sus dos carceleros, que cojidos de improviso caen uno sobre otro. Latude echa á correr: pasa por delante de dos centinelas, que en vano procuran detenerlo, y que corren tras él gritando *cójanlo*. El caballero sigue corriendo, gritando como ellos. Llegado al puente levadizo, el soldado de faccion cruza la bayoneta para cerrarle el camino: el fugitivo finge someterse, y coje luego de repente la bayoneta, arranca el fusil de manos del centinela, lo tira al foso y continúa su carrera.

Como la primera vez, se refugia Latude en el bosque y logra entrar en Paris; pero ¡cosa increíble de parte de un hombre de tanta capacidad! tambien como la primera vez cuenta con la generosidad de sus perseguidores, y se entrega al ministro Choiseul, que lo hace llevar de nuevo á Vincennes. De allí, despues de nuevos padecimientos, se le traslada á Vicètre, donde se le pone entre los locos, y donde no tarda en encontrarse lleno de piojos, debilitado por la enfermedad y por la falta de alimento. Por casualidad le dan por carcelero á un hombre á quien la miseria habia obligado á aceptar tan triste empleo, y que no se habia depravado todavía con el contacto de sus compañeros. Latude consigue interesarlo en su suerte, refiriéndole sus desgracias, y el carcelero le proporciona tinta, plumas, papel, con lo que el preso redacta un nuevo memorial, que el llavero promete llevar á su título, el primer dia de licencia que le dén.

Lo asombroso es que Latude, despues de tantas torturas morales y físicas, no hubiese perdido nada de su energía, y que sus facultades intelectuales se conservaran sin alteracion. Su memorial es una narracion acalorada, llena de verba, de sus prolongados padecimientos, y no puede ménos de conmover al corazon mas duro. Era de esperarse que la verdad venciera: era de esperarse el término de tantas persecuciones. . . . No; la hora de la justicia está todavía muy léjos.

Escrito el memorial y puesto el sobre, fué dado al carcelero, que al pasar por

Paris lo deja caer sin notarlo. Vuelve á comunicar este incidente á Latude, quien con la perseverancia que le conocemos, se pone á renovar su trabajo. Por desgracia el carcelero es un pobre de espíritu, que ha tomado la pérdida del papel por una advertencia del cielo, y que no solo se niega á desempeñar el encargo, sino que declara ademas que no quiere esponerse á perder su empleo, y que no dará por ningun precio recado de escribir.

Esto era para morir mil veces de desesperacion. Latude, acostumbrado á los golpes de la suerte, soportó este último con la resignacion estoica que habia desplegado en tantas circunstancias. Pensaba en alguna nueva estratagema, cuando con gran sorpresa suya lo llamaron para llevarlo á la escribanía, donde se le dijo que lo esperaba una dama, que habia obtenido el permiso de verlo. He aquí lo que habia pasado.

El memorial perdido por el llavero en una calle de Paris, habia sido recogido por una jóven, la señora Legros, que tenia una mercería, y que llevó el papel á su marido. Leenlo juntos, y como eran gente honrada, se pusieron á llorar al imponerse de tantos infortunios, y tomaron la generosa resolucion de constituirse protectores de aquella inocente víctima de la ferocidad de una cortesana, y de los viles ministros de sus caprichos. Ante todo se proponen ver al preso, y á fuerza de instancias consigue Mad. Legros la licencia necesaria.

Latude sale por fin de la Bastilla, y nuestro plan no nos permite referir cómo se logró sacarlo de aquel infierno. Dirémos solamente que los esposos Legros cumplieron con el compromiso que habian contraído, no se desanimaron con nada, hicieron todos los sacrificios imaginables, hasta alcanzar arrancar á la víctima de manos de sus despiadados perseguidores.

Forzoso nos es ahora volver de nuevo atras, porque al mismo tiempo que Latude, otras víctimas suspiraban igualmente por el dia de su libertad.

## XIV.

El conde de Lally-Tollendal en la Bastilla.—Ejecucion de Lally.—Encarcelamiento de una querida de Luis XV.—Cautividad de La Chalotais.

Pocas veces se levantaba el cadalso para los presos encerrados en aquella vasta tumba, cuyas gruesas paredes debian ser eternas al parecer. Los perseguidores temian demasiado que fuesen conocidos sus actos de iniquidad, para consentir siquiera en un juicio aparente, á ménos que no hubiesen hurdido prévia-

mente su trama en términos de que la condenacion del que querian perder fuera inevitable. El conde de Lally-Tollendal fué uno de los que no tuvieron embarazo en entregar á la justicia, que no podía ménos de estraviarse en el laberinto formado por las intrigas de aquellos.

Es indispensable entrar aquí en esplicaciones de hechos anteriores.

Luis XIV habia establecido una compañía de las Indias Orientales, la que despues de un éxito y un ruido extraordinario, caminaba entónces á su ruina. Sus estremados apuros la obligaban á solicitar incesantemente los socorros y la proteccion del gobierno, que por su parte formaba proyectos sobre proyectos sin ejecutar ninguno, cuando se supo en 1755, que los ingleses acababan de apoderarse en plena paz de dos navíos franceses en el banco de Terranova. Estos hechos movieron en fin al gabinete de Versalles, que conoció la necesidad de tomar un partido. En esta ocasion se pronunció el nombre del general Lally, y de esta época data la serie de las desgracias tan célebres de ese malhadado personaje.

Tomás Arturo, conde de Lally, baron de Tollendal en Irlanda, nació en 1702 en Romans, poblacion del Delfinado. Sus antepasados, irlandeses de origen, pasaron á Francia como los de Fitz-James, en la comitiva de Jacobo II. El conde abrazó desde su juventud la carrera de las armas, y entró al servicio de Francia. Se distinguió en todas ocasiones, entre otras en la batalla de Fontenoy, y fué amigo personal del mariscal de Sajonia. Dotado de un carácter atrevido y emprendedor, y de una grande actividad intelectual, Lally habia hecho la guerra con el príncipe Carlos Eduardo en Inglaterra, y habia presentado varias veces al ministerio planes de campaña ó de expediciones, que habian fijado la atencion pública en su persona, por lo cual, en el conflicto ántes mencionado, se le llamó á Versalles para consultarle acerca de las medidas que convendria tomar. "Tres me ocurren," respondió: "desembarcar en Inglaterra con el príncipe Eduardo; acabar con el poder de los ingleses en la India; atacar y conquistar sus colonias de América." Los ministros se estremecieron con la idea de semejante proyecto, que solo el conde de Argenson sostuvo con calor, empeñándose en que el segundo al ménos fuese discutido en el acto, sin dejar por eso de apoyar los otros dos. El ministerio, vacilante, consintió sin embargo en pedir satisfaccion: la respuesta llegó de Lóndres al cabo de pocos meses, cuando ya habian sido capturados mas de doscientos cincuenta navíos de guerra, y hechos prisioneros mas de cuatro mil franceses.

Entónces se conoció que era indispensable obrar, y se aprobaron los planes de Lally, á quien nombró el rey, á instancias de Argenson, teniente general, gran cruz de la Orden militar de San Luis, comisario del monarca, síndico de la compañía, comandante general de todos los establecimientos franceses en las Indias Orientales. Se armaron seis navíos para la expedicion, á la que se destinaron seis regimientos y seis batallones. Al mismo tiempo, la flor de la jóven nobleza francesa, los Crillon, los Montmorency, los Estaing, los La Fare, formaron

un brillante Estado Mayor al general, y la Compañía prometió pagar liberalmente el ejército. Engañoso era este principio, como la calma que precede á la tempestad. Todas aquellas magníficas promesas se desvanecieron prontamente: el embarco se retardó seis meses sin poder abreviarlo; y entretanto el ministerio retiró de la expedicion dos buques, dos millones y dos batallones. Los ingleses, á quienes importaba anticiparse, llegaron ántes que nosotros á la India, y en el primer combate contra el almirante Pecoock, el conde de Aché, gefe de la escuadra francesa, perdió un navío de setenta y cuatro.

Desembarcado apénas, recibió Lally noticias mas funestas todavía, pues supo que los ingleses acababan de apoderarse de Chandernagor, donde habian encontrado tesoros por valor de mas de setenta y cinco millones: que la factoría de Pondichery debia mas de catorce millones; y que ni tenia quien le prestara, ni almacenes, ni recursos, ni municiones.

Sin embargo, aquel grande hombre no se desanimó, y quiso suplir con su actividad á la mala suerte. En la noche misma de su llegada cercó á Gondelour, que tomó al cabo de seis días, haciéndose dueño en seguida, despues de un brillante asalto, del fuerte de San David, reputado intomable, y marchando sobre Divicoté, que abrió sus puertas. Estos importantes triunfos se obtuvieron en el espacio de treinta y ocho días. Lally resolvió apoderarse de Madras, la mas rica de las posesiones inglesas; pero habiendo declarado el conde de Aché, que no estaba en posibilidad de ausiliar sus operaciones, fué preciso renunciar momentáneamente á tan preciosa conquista. Ecsistia ya la desavenencia mas culpable entre el comandante de la flota, los representantes de la Compañía, á cuya cabeza estaba Duval de Leyrit, y el general Lally. Este, hombre de mucha probidad, de inmenso valor y de extraordinaria resolucion, se criaba diariamente con su gran superioridad enemigos encarnizados. Habiendo declarado Leyrit por escrito que pasados quince días no se encargaria ya ni de alimentar ni de pagar al ejército, resolvió el conde ir á ecsigir al rajah de Tanjaans, trece millones que debia á la Compañía de las Indias. Escitábalo á esta expedicion el padre Lavour, superior de los jesuitas, que ejercia grande influencia en Pondichery, y que no tardará en desempeñar un importante papel en la historia de las desventuras del general. Lally parte, pero tropieza como siempre á cada paso con nuevos y bien duros engaños. Apénas se pone en camino, el soldado carece de todo, permaneciendo catorce horas sin comer. El general llega sin embargo al punto deseado, y como el rajah niega la deuda, la tropa marcha sobre la capital, que es cercada, y que estaba ya á punto de sucumbir, cuando se supo que la escuadra acababa de sufrir una nueva derrota, así como que Haridal y aun Pondichery estaban amenazados. Se tuvo un consejo de guerra, el cual decidió que se debia marchar en auxilio de los puntos amenazados, y se emprendió la retirada.

Otros acontecimientos militares de la mayor importancia se verificaron sucesivamente; pero el que hizo mas honor al general Lally fué el sitio de Madras,

efectuado en Diciembre de 1758, y que levantó al cabo de tres meses, despues de ocasionar á los ingleses pérdidas incalculables. Estaba ya abierta una brecha, que el comandante de ingenieros declaraba practicable, aunque inabordable, y el conde habia decidido dar un asalto general para la noche del 16 al 17 de Febrero, cuando al amanecer vió llegar á la rada de Madras seis buques ingleses cargados de municiones de toda clase y con un refuerzo de doscientos hombres, que los gefes de las fuerzas francesas habian dejado pasar. Temiendo entónces por la ciudad de Pondichery, que encerraba tres mil prisioneros ingleses, y que no estaba custodiada mas que por trescientos soldados inválidos, levantó con la mas profunda desesperacion el sitio para dirigirse á socorrerla.

Todos estos sucesos produjeron en su alma tal disgusto, que escribió al conde de Argenson, su protector y su amigo: "La probidad ha llegado aquí á su zenit: no he encontrado aún un solo hombre de bien ni en apariencia. Sacadme, en nombre de Dios, de un país para el que no sirvo.... El infierno me ha arrojado á esta tierra de iniquidad, y espero como Jonás, la ballena que me reciba "en su vientre." Pero el desgraciado debia apurar hasta las heces su fatal destino. Despues de triunfos y reveses de toda clase, despues de haber adelantado varias veces de su bolsa el dinero necesario para pagar á las tropas rebeldas: despues de concitarse la mas implacable enemistad de parte de todas las autoridades del país, y en especial de Bussy, uno de los mas valientes y antiguos oficiales de la Compañia, que le profesaba por zelos un odio mortal, el pobre Lally padeció el último y el mas atroz de todos los desastres. El 17 de Marzo de 1760, dos escuadras y dos ejércitos ingleses comenzaron el cerco y bloqueo de Pondichery: el conde se preparó á una resistencia desesperada. Despues de sufrir todos los rigores del hambre, de sostener una lucha de cerca de diez meses, de haber visto la malhadada ciudad invadida por la guerra civil, de haberlo amenazado con asesinarlo, de darle veneno, de hacerse llevar enfermo y débil á las murallas espuestas al fuego, rindió la plaza al general Coote, que mandaba un ejército de quince mil hombres, bien provistos y atendidos, y que tenia en la flota una reserva de otros siete mil. En la noche de la rendicion se le trasladó á Madras, embarcándose luego en un miserable buque mercante, que lo llevó prisionero de guerra á Lóndres, á donde llegó el 23 de Setiembre de 1760.

Durante su cautiverio, sus enemigos, que eran poderosos, le declararon la guerra, lo acusaron de todas las desgracias de la India, y desplegaron en su contra una odiosa actividad, sin ejemplo en la historia. Ese aborrecimiento llegó al extremo de decir Bussy públicamente en todas partes, que habia de caer la cabeza de Lally ó la suya. Instruido el conde de lo que pasaba, consiguió del ministerio británico pasar á Francia, prisionero, bajo supalabra.

El 1.º de Noviembre firmó el ministro de la guerra la orden de prenderlo, cediendo á influencias invencibles.

Los amigos de Lally y el duque de Choiseul, testigos de la animosidad de sus perseguidores, y sabedores de las maniobras empleadas para perderlo, las pu-

sieron en su conocimiento, y le aconsejaron que saliera de Francia, á reserva de volver en tiempo oportuno para que le hicieran justicia. "Huir yo," exclamó temblando de cólera, "manchado con la sospecha de una infame traicion! Prefiero "perder la vida!" Y con la fortaleza propia de su inculpabilidad, Lally, á quien la esperiencia no habia corregido y que estaba destinado á no conocer nunca á los hombres, fué el 3 de Noviembre á Fontainebleau, y escribió al duque estas célebres palabras: "Traigo aquí mi cabeza y mi inocencia." Oportuna habria sido la frase en otro tiempo, con otros hombres, en otras circunstancias. El 5 se constituyó preso en la Bastilla, y desde ese momento se perdió.

"Posible es," dice un historiador ingles, "que Lally no conociera bien el país, "y acaso no tenia muy mal concepto de los principes reinantes, para valerse de su "apoyo. Lo cierto es que se vió obligado á obrar en la costa sin escuadra, y "que cuando quiso penetrar en lo interior, sus aliados rehusaron favorecerlo, y "sus tropas se amotinaron por falta de paga. A pesar de esos contratiempos, de "diez batallas que dió, no habia perdido mas que una, y bien se le podia pasar, "despues de haber ganado nueve, que se retirara ante fuerzas superiores." Es evidente que Lally, lo mismo que otros varios grandes hombres, no debió su ruina sino á la rectitud de sus sentimientos y al rigor de su disciplina.

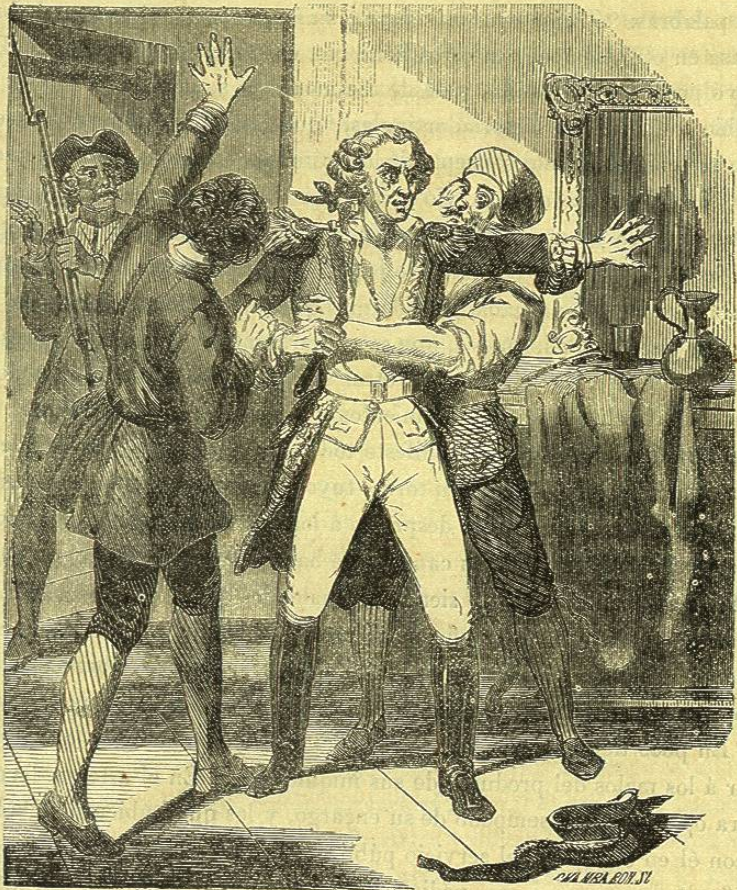
Aquel hombre incorruptible manifestó toda su vida la mas invencible aversion á la venalidad que reinaba en torno tuyo. Superior á los viles artificios del interes, miraba con marcado desprecio á los que no adoraban otro Dios. Estaba encargado de investigar las causas que habian empobrecido á su patria, y de castigar á los delincuentes, siendo las maldades que debia reprimir el peculado, la desobediencia, el engaño, el pillage y el motin. Tal mision no era ciertamente popular, y Lally se equivocó al esperar buen recibimiento de parte de los que repugnaban la averiguacion, y calculaban que los pondria en peligro. En poco tiempo aprendió el conde lo que debe aguardar quien intenta despojar á los malos del producto de sus iniquidades. En el acto se formó una liga para oponerse al desempeño de su encargo, y los que hubieran debido cooperar con él en obsequio del servicio público, fueron los primeros en agobiarlo con dificultades, porque no podian evitar su propia ruina sino con la del general.

Diez y nueve meses contaba ya este desgraciado de prision, sin haber sido interrogado, y sin que el ministerio se atreviera á tomar un partido definitivo, cuando una circunstancia imprevista produjo el horrible desenlace que vamos á referir.

El jesuita Lavaur, que tanto poder habia ejercido en Pondichery, murió en Paris en 1763. Al hacer el inventario de sus papeles, se encontró en un cajon una memoria contra Lally, si bien varios testigos sostuvieron que se habian encontrado dos, una en pro y otra en contra del general. Y lo que hace probable ese testimonio, es que mas bien se trataba de un libelo que de un memorial en

forma, libelo en el que el jesuita habia recogido todos los rumores propalados contra el conde, con quien á menudo habia estado de acuerdo, cotizándose ambos para el pago del sueldo de las tropas rebeladas.

Hay fundamento por consiguiente para pensar que, en semejante situacion, el padre Lavour, siempre prudente, y que atendia sin comprometerse á los porme-



nores de la lucha continua que no habia dejado de existir en Pondichery entre Lally y los representantes de la Compañía, sus enemigos jurados, redactara dos esposiciones para su provecho futuro, que le sirvieran en todo caso, de las que una contenia la narracion de los hechos desfavorables al general, y otra la de los hechos y noticias que le eran favorables. Como quiera que sea, siempre sucedió que el procurador general, que tuvo conocimiento del tal libelo, se presentó contra Lally, acusándolo de concusion y de alta traicion. El parlamento, deseoso de gozar del derecho, que miraba como su mas alta prerrogativa, de conocer de oficio de las causas de crímenes y atentados, mandó al Châtelet instruir el proceso.

El teniente criminal Lenoir lo comenzó. El ministerio entretanto, en vez de

nombrar una comision militar, única capaz de juzgar en un negocio en que habia que discutir las mas árduas cuestiones de estrategia, hizo firmar al rey letras patentes que sometian á la gran cámara de Paris, cambiada en comision militar, el conocimiento de todos los delitos cometidos en la India, así ántes como despues de la ida del conde de Lally.

El consejero Pasquier, nombrado relator, recibió las declaraciones mas absurdas y contradictorias. Comerciantes y lacayos discutieron ante un magistrado peregrino al oficio de las armas, las mas graves cuestiones de estrategia, y criticaron sin comprenderlas, las operaciones del general.

Tres veces presentó el desgraciado Lally un ocurso relativo á que se le autorizara á nombrar defensor; y tres veces fué desechada su peticion. Esta decision tiránica agravó su estado de una manera deplorable. Sus reclamaciones, justas en el fondo, le enagenaron la benevolencia de los consejeros, mal prevenidos de antemano. Publicó dos esposiciones en que relataba, analizaba y defendia sus operaciones; pero no se hizo caso de este escrito.

Cuando se condujo al conde á la sombría y lúgubre sala de los interrogatorios, al ver el banquillo en que se habian sentado los mas depravados criminales, y que él iba á ocupar, no pudo contener sus lágrimas ni encubrir su indignacion, y descubriendo su cabeza encanecida por los años y los pesares, y su pecho surcado de cicatrices, exclamó: *He aquí la recompensa de cincuenta y cinco años de servicios.*

A esta patética escena siguieron otras mas violentas y espantosas, en las que el infeliz acusado, sin mas auxilio que el de sus propias fuerzas, en presencia de solo sus acusadores, se comprometia hasta cuando decia la verdad, por el modo de decirla. Recusó al relator por haberlo tratado con imperio y héchole horribles amenazas; y como aquel negaba, el conde pidió que declarara el escribano bajo juramento. Recusó igualmente, aunque sin récriminations, al que habia practicado los careos, manifestando que arrastrado por la parcialidad de su colega, habia mutilado ciertas deposiciones, y negádose repetidas veces á hacer á los testigos las interpelaciones necesarias á la defensa del acusado. El primer presidente, Maupeou, se contentó con decir friamente: "Ya lo oís, señores comisarios." Y pasó adelante.

Lally, rodeado de enemigos que habian jurado su pérdida y que habian llegado á ser sus jueces, comenzó á sentir el no haberse hecho matar á la cabeza de algunos de aquellos valientes soldados, respecto de los cuales reportaba tal vez el cargo de haberlos tratado con alguna dureza; pero que nunca habian dejado de admirar su valor y sus talentos militares. Sintióse acometido de una tristeza tan profunda, de tal disgusto de la vida, que le entró el deseo de sustraerse con la muerte de todas las torturas que moralmente sufría. Al volver un dia de la sala del consejo, donde se le habia interrogado de nuevo, aunque solamente por fórmula, encontró en su cuarto al cirujano-barbero, que lo esperaba para afei-